

La marca del alma

Lorena Barragán



Capítulo 1

El mundo seguía rodando, todo seguía el curso de la vida, todos menos yo.

Este día es igual que cualquier otro, me despierto y me preparo para hacer las tareas de la villa. La única diferencia de mi día de hoy era la visita mensual de Benjamín y George para hacer trueques; y es que, una vez al mes venían con mercancía que nos repartíamos entre los humanos para subsistir, tú cogías algo que necesitases a cambio de dar algo que otros pudieran necesitar.

A media mañana pude ver a lo lejos del camino su vieja furgoneta y me dispuse a ir y abrirles la valla de la entrada.

- Buenos días pequeña Audrey, ¿cómo te va?.- Preguntó con una sonrisa George. Era un hombre inteligente y muy avisado, sabía cómo tratar con las personas y conseguir lo que quería de ellas. Yo siempre preferí a Benjamín, era un hombre bastante más mayor, puesto que George tenía tan sólo tres años más que yo, mientras que él alcanzaba fácilmente los cuarenta y cinco años. Era un señor calvo y bajito, bastante inocente, y hoy apenas había saludado en voz alta.

- Buenas, pasad, tengo que entregaros las tres cajas de leche y varias docenas de huevos, no podré con todo.- Me arremangué las mangas puesta a ir a por lo que tenía para darles.

- No te preocupes bonita, primero tenemos que hablar.- George siempre usaba apelativos que odiaba, todos cariñosos y de una cercanía que no teníamos.

- Entonces dejadme que os ofrezca un té, ayer fui a los alrededores del bosque y conseguí jazmín y albahaca.- Me guardé reprocharle a George nada ya que sabía que era gastar saliva a lo tonto.

- Me encanta que seas tan servicial, por eso algún día serás mi mujer.-
Puse los ojos blancos como respuesta.

Una vez les serví el té en el porche me senté aplanando mi vestido, aun sabiendo que llevaba shorts debajo no quería dar a entender nada raro a George.

- Bueno, contadme, de qué es lo que queréis hablar.- Me hacía una ligera idea viendo la repentina mudéz de Benjamín, por lo que me coloqué con los codos en la mesa y apoyé mi cara entre mis manos entrelazadas.

- Estamos muy cerca de empezar la guerra, te necesitamos al frente, eres muy importante para nuestra comunidad.- Dijo George mirándome fijamente a los ojos, sabía que conmigo no podía dar rodeos, odiaba que la gente no fuese de cara.

- ¿Por qué soy importante? ¿Por ser hija de mis padres?.- Respondí con otra pregunta en un tono más serio, estaba aburrida y cansada; sabía que volverían a la carga con este tema a pesar de mis negativas en los últimos meses. Llevaban un tiempo recolectando piezas para crear armas de fuego y fortaleciéndose poco a poco con sed de venganza para entrar en guerra con los leones con los que mis padres intentaron formar un tratado de paz.

- Sí, sabes que eres la piedra angular por todo lo sucedido hace cuatro años.- Seguía manteniéndome la mirada mientras yo bostezaba, ni siquiera tenía en cuenta que era la persona con más puntería y agilidad de todos los jóvenes que había llamado en sus filas, él sólo me veía como un objeto para usar y tirar en futuras negociaciones para que no tomasen represalias con nuestra especie, yo sólo era un motivo para una venganza; y es que aquella manada de leones nunca nos habían atacado tras la muerte de mis padres y sabían de más y de sobra que si yo estaba presente no contratarían. - Audrey.- Me alejó de mis pensamientos.- Si tu estas evitaremos una matanza.- Volvió al ruedo para convencerme, sabía que las vidas humanas eran mi debilidad.

- Yo no quiero una guerra con ellos, George.- Le di un sorbo a mi taza de té tranquilamente.- Ya lo sabes.- A pesar de mi contundencia y mi

tranquilidad él se levantó dando un puño en la mesa.

- Ellos nos dejaron de proteger, Audrey.- Alzó la voz.- Las panteras y el resto de manadas campan a sus anchas. Ellos mataron a tus padres.- Finalizó.

- No.- La sangre me hervía la piel con ese último comentario, me enervaba que les echara la culpa a los leones de la muerte de mis padres.- Ellos murieron en el refugio del bosque.

- Sabes de más y de sobra que los leones son los más fuertes, pudieron haberlos protegido y hoy estarían aquí con nosotros.- George guardaba mucho cariño a mis padres, ellos le dieron cobijo cuando su padre falleció por una enfermedad, pero ese cariño le nublabla la mente y el juicio.

- No sabemos lo que pasó.- Le contesté firmemente.- Esta conversación ha terminado.- Zanjé.

- Audrey, se acerca un invierno muy complicado, ven con nosotros y yo te proveeré, te daré la seguridad que aquí no podremos darte.- Me dejó confundida este giro en la conversación, no sabía a dónde quería ir a parar.

- No des rodeos George, ¿qué quieres decir con esto?.- Me acaricié el puente de la nariz mientras cerraba los ojos, mi paciencia tenía un límite.

- Cada invierno es peor que el anterior en esta zona, es difícil venir hasta aquí, estás a más de veinte kilómetros, allí podrías vivir conmigo y ver al resto de la comunidad cada tres días.- Desesperado me cogió la mano entre las suyas, llamándome la atención para que le mirase a esos ojos oscuros y atrayendo mi cuerpo hacía él, me sentía incómoda.- Sabes que estaremos juntos tarde o temprano, eres mía, es innecesario luchar por lo contrario cariño.- Me intenté alejar por las buenas y no pude, forcejear con su cuerpo tan pegado era imposible, me sacaba una cabeza de altura y dos cuerpos. Conque sólo me quedó dar una bocanada de aire y

relajarme.

- Benjamín.- Le llamé ya que aún no había abierto la boca en todo el tiempo desde que habían llegado, todo ello sin apartar la mirada de la de George.- Aclárame todo esto por favor, George me está diciendo que no tenéis planteamiento de venir en todo el invierno, ¿verdad?.

- Sí pequeña, lo siento mucho pero no podemos permitirnos el llegar hasta aquí con el frío del invierno. Tus mercancías no son indispensables, tenemos más personas en la comunidad que las proveen.- Ví por el rabillo del ojo que todo aquello lo había soltado del tirón mirando fijamente el suelo, este señor odiaba los conflictos, y ese detalle me alegró para saber cual sería mi siguiente paso a hacer.

- Gracias Benjamín, ¿podrías ir a la furgoneta y descargar entonces dos mantas de lana? Pensaba pedir las en el siguiente porte pero tendré que abastecerme de ellas ahora entonces.- Dije pausada y con el tono más relajado que me permitía tener a pesar de seguir amarrada a un hombre que no descansaba por un segundo su agarre ni su intensa mirada. Benjamín me asintió y se marchó velozmente, se notaba que estaba deseando alejarse de aquella escena.- Y ahora, George, ¿puedes soltarme?.- Pregunté devolviéndole la mirada y cuadrando los hombros ante su presencia.

- ¿Me estás ignorando pequeña Audrey? .- Sus ojos llameantes y su mandíbula cerrada con fuerza avistaba lo poco que le estaba gustando mi comportamiento.

- George.- Suspiré.- Suéltame antes de que yo misma tenga que hacerlo.- Sabía perfectamente cómo deshacerme de su agarre, podría tumbar a este armatoste sin siquiera despeinarme si quisiera, y él lo sabía, pero también sabía que desde hacía cuatro años odiaba llegar a esos términos.

- ¿Sabes? Eso es lo que más me gusta de ti.- Me picó.- Esa falsa amabilidad que tienes de fachada para esconder el verdadero carácter que tienes y qué sólo yo conozco.- De pequeña era un torbellino y siempre me

peleaba con él, era una pequeña bruta, pero todo eso había cambiado y no quería recordarlo.- Sé que eres una guerrillera cariño.

Se acabó, acababa de agotar mi paciencia.

Con las manos aprisionadas entre las suyas, le giré rápidamente la muñeca con fuerza, un movimiento seco y preciso que le hizo soltar un gruñido de sorpresa. La inercia del giro le desequilibró, y aproveché el momento para agarrarle por las muñecas con ambas manos. En un rápido movimiento, tiré de sus brazos hacia arriba y hacia atrás, obligándole a girar sobre sí mismo.

En menos de un segundo, había pasado de encontrarme enfrente suya a estar detrás, con sus brazos inmovilizados a su espalda. Le empujé hacia adelante, aprovechando su desequilibrio, y le hice tropezar con mi pie, derribándole al suelo. Mientras caía, le agarré del brazo y, con un movimiento fluido, le hice girar sobre su propio eje, terminando con él boca abajo sobre el suelo.

Le inmovilice colocando mi codo sobre su nuca, presionando con fuerza, y mi rodilla sobre la parte posterior de su muslo, impidiendo que pudiera levantarse. Me incliné hacia su oído y le susurré con voz baja y cargada de veneno: "No vuelvas a tocarme, George".

Me levanté con rapidez, apartándome de él como si quemara, y le lancé una mirada de advertencia. George se levantó torpemente, con el rostro enrojecido por la ira, y me escupió con desprecio:

- No podrás sobrevivir sin mí, vendrás rogándome.- Me escupió cada palabra cargada de veneno, pero yo le ignoré, centrándome en recuperar la compostura.

- Creo que ya va siendo hora de que os marchéis, es tarde y pronto se pondrá el sol.- Respondí con la amabilidad de siempre mientras miraba el atardecer.- Muchas gracias por vuestra visita.- Le devolví una sonrisa helada, dejándole claro que quería que se fueran ya.

Ambos se fueron al rato, mientras yo miraba desde el porche las tres tazas vacías y el portón al fondo cerrado. Me había quedado completamente sola.

No sabía muy bien si había hecho bien en mis decisiones o si estaba cegada por mi orgullo. George era el joven más fuerte de la comunidad, y posiblemente el más guapo, y todo él emanaba un aire de líder que la

gente acataba sin objetar. Era posiblemente la mejor pareja que cualquier chica desearía tener, pero para mí era un energúmeno. Le conocía desde pequeños, había sido como un hermano mayor desde que mis padres le acogieron y no podía verlo de ninguna forma romántica. En nuestra infancia él sólo había vivido para pelearse conmigo, no se relacionaba bien y se había pasado los días buscando las maneras más creativas para molestarme cuando estaba con otros amigos. Mientras fuimos creciendo esa iniciativa seguía presente, sólo que a veces verdaderamente parecía defenderme del resto, siempre creí que sólo él se veía en la potestad de molestarme, y eso me enfurecía aún más, yo siempre tuve muy claro que podía defenderme solita. Tras el fatídico día en el que lo perdí todo pasé a verle siempre lejos de mí, no se atrevió a hablarme durante meses y cada vez que cruzábamos miradas sentía una punzada de dolor cuando veía en la suya la pena reflejada. Luego todo cambió, yo me volví tranquila y sosegada para no molestar al resto de adultos y él tomó el mando de la comunidad imponiéndose a base de la ley del más fuerte.

Me alejé del pasado en cuanto noté un escalofrío recorrer mi columna vertebral, ya había anochecido y con ello el frío. Miré un segundo al vallado que se imponía ante mí y el resto del mundo, por un momento se me hizo ver una figura tras él, pero, negándome a mí misma, recogí las mantas que yacían a mi lado y decidí entrar al calor de la chimenea que había encendido hacía poco dentro de mi casa.

Habían pasado unos días desde la visita de George y Benjamín, pero nada parecía haber cambiado realmente, yo seguía despertándome como cada día. Me pasaba la mañana recogiendo los huevos del gallinero después de limpiarlo, preparando el almacén para el duro invierno, ordeñando y cuidando a mi vaquita y haciendo tareas varias en el huerto.

Tenía que hacer algún plan de contingencia en vista de que me faltarían muchas mercaderías que estaba acostumbrada a tener para sobrevivir, sobre todo en torno a la comida. Este año me faltaría la miel de la vieja Rose, los canastos del malhumorado Ransford o los remedios de la curandera Clarisse; por lo que no podría ponerme mala ni tampoco romper los dos canastos del año pasado que aún guardaba en el zaguán.

Por suerte había ampliado mi huerta estos últimos años para tener suficiente comida en invierno, una rica dieta a base de verduras y hortalizas.

Por desgracia, haciendo inventario había visto que me quedaban pocas reservas de leña en el almacén. Normalmente el cortar leña y transportarla era un recado que hacía George cada vez que venía de visita, y ahora le daba significado a sus palabras de aquel día... Sabía que podía hacerlo yo sola, tardaría mucho más tiempo, y, sin ningún

transporte salvo la carretilla, tendría que pasar varias tardes a la semana para recuperar lo que usara en el día a día. Resoplé ante el primer problema del día, tendría que reorganizar mis días para no morir de frío.

Para desestresarme de la larga lista de problemas que había encontrado a lo largo de la mañana decidí coger el arco y las flechas para ir a pasar la tarde en las lindes del bosque más cercanas a mi casa. Tenía pensado acercarme al río que hacía de frontera entre ambos terrenos por lo que, aprovechando la ruta, cogí un macuto donde guardar un par de frutas y un yogurt para hacer un pequeño picnic en una zona donde me gustaba tumbarme y descansar.

Pasé media tarde absorta lanzando flechas a diferentes troncos y puntos donde tenía en mi mente una diana. Nunca apuntaba a un animal para matarlo, no me gustaba cazar a menos que fuese estrictamente necesario. Para mí, el arco y las flechas eran mi escape de la realidad, hacían que sólo me centrara en mi alrededor, envolviéndome por completo en el aura de libertad que me regalaba aquel lugar, haciéndome pequeñita en un mundo demasiado grande, dando paz a mi corazón, haciéndome ver que mi vida y los problemas que asomaban por todas direcciones eran tan diminutos como yo, casi inexistentes.

En ese instante me rugió el estómago, dándome a entender que ya iba siendo hora de irme a descansar y merendar al río. A primera hora lo había cruzado para poder acercarme al bosque y ahora tendría que deshacer los pasos que había andado para volver al mismo. Por suerte aún era pronto y la amenaza de encontrarme con algún animal era muy baja, por lo general esa zona era muy tranquila ya que el bosque se estrechaba y era un paso común que utilizaban una de las manadas de leones para acceder a nuestros terrenos, por lo que las manadas de panteras, tigres y lobos se alejaban por temor a ellos.

Tranquila fui paseando de vuelta al río, sintiéndome una con aquel lugar que siempre se me hizo tan mágico; escuchando el piar de los pájaros de la zona mientras mis ojos se deslumbraban por los pequeños rayos de luz de sol que se colaban entre las ramas de los árboles, me paraba de vez en cuando a oler las flores que encontraba por el camino y recolectaba algunas hierbas que me podrían ser de utilidad en un futuro. Me quedaba poco camino del sendero cuando algo llamó mi atención, no sabía de dónde provenía pero un rugido grotesco y sonoro rompió la tranquilidad del lugar.

Sin darme cuenta me encontré corriendo atraída por aquel rugido, mis piernas me ardían por una velocidad a la que no estaban acostumbradas a

moverse, los brazos se me llenaban de arañazos por momentos culpa de las ramas que me rozaban por el diminuto sendero que recorría. Mis ojos lloraban por el viento golpeándome en la cara y mi respiración agitaba me subía por minutos el pulso de mi corazón.

No entendía por qué corría en busca de algo que denotaba peligro cuando debería haber hecho sonar todas mis alarmas para seguir en dirección contraria, pero en mi mente aquella era la única decisión posible que podía tomar en ese momento, sin motivos, sin segundas intenciones, solo yo, yendo a dar una ayuda inexistente al animal que amenazaba en primer lugar mi supervivencia y la de mi propia especie.

De vez en cuando frenaba en seco sobre mis pasos e inspeccionaba mi alrededor, buscando en los árboles posibles marcas de luchas o en la hierba del suelo marcas de garras que me enseñasen la dirección que debía tomar. Esta acción la repetí hasta tres veces, hasta que a lo lejos escuché débiles gruñidos agudos que no podía reconocer de ninguna especie del bosque.

Me dirigí hacia el sonido, ahora con un paso más tranquilo para no denotar mi presencia, pero con el corazón latiendo cada vez más fuerte y rápido.

Me encontré de bruces con un claro no muy grande, yo aún estaba ocultada por la oscuridad de los árboles que me rodeaban cuando lo ví. En la otra punta del claro pude ver a una pequeña cría de león gruñendo a un tigre que estaba a segundos de saltar encima de su presa. Me fijé rápidamente como de una de las patas traseras del cachorro salía sangre, impidiendo que pudiera huir o siquiera defenderse.

Mi brazo se movió automáticamente hacía el macuto de mi espalda de manera ágil cogiendo el arco y una flecha, en milésimas ya la tenía apuntando a una de las patas traseras del gran tigre. Una gota de sudor me recorría la frente, el dedo que sujetaba la cuerda del arco que marcaba un antes y después me temblaba furiosamente. Presa de mis dudas cerré los ojos y respiré hondo, dándome un segundo de paz para asentir internamente, abrí los ojos y deslicé el dedo suavemente a través de la flecha.

La flecha se le clavó levemente en la pata, tan levemente que me sentí ridícula al ver el poco daño que podía provocarle tras llevar toda la vida aprendiendo a defenderme, dándome cuenta de que, efectivamente, el mayor miedo de George se cumplía, éramos la especie más débil, y por lo tanto, la más probable en extinguirse, el último eslabón de la cadena.

Suspiré, casi rendida ante la suerte ahora que el tigre sabía de mi existencia, pero, como un flash que cazaba instintivamente, pude ver un pequeño gesto de dolor en la cara del tigre cuando se deshizo de mi

flecha, y, aunque sólo tuviera un uno por ciento de posibilidades, me llenó la mente de esperanzas donde podía tirar cien flechas y aumentar mis probabilidades de sobrevivir junto con aquella pequeña cría.

A partir de aquí todo sucedió demasiado rápido, el tigre me lanzó una mirada mordaz antes de empezar a correr poniendo su objetivo en mi pequeño cuerpo mientras mi brazo no paraba de recargar el arco de flechas en cada disparo con la mira puesta en darle antes de que me alcanzara.

Estaba segura de que algunas flechas debían haber impactado en su cuerpo pero, o la adrenalina del momento no dejaba darme cuenta de ello o no estaban provocando ninguna reacción en aquel imponente animal. Sentía que el corazón se me iba a salir por la boca mientras veía como los metros se evaporaban ante sus grandes zarpas; las flechas también se estaban agotando y los dedos se me estaban engarrotando por momentos.

Justo cuando puse la penúltima flecha en el arco dispuesta a un todo o nada vi como el tigre saltaba para abalanzarse sobre mí, y en ese momento podía jurar que la vida pasó de ir a cámara rápida a superlenta, pudiendo ver la inmensidad de su cuerpo a diferencia del mío e incluso fijarme en esos ojos inyectados en sangre y la espuma saliendo por su boca. Cuando me dí cuenta de que aún no había lanzado la flecha supe que mi cuerpo se había rendido antes que mi propia mente, inmóvil bajo su sombra, congelado en el sitio.

Suspiré, no quería morir de esa manera, y menos en ese momento...

Y... justo como si me hubiera leído la mente, otra sombra se interpuso entre el tigre y yo, un león que casi doblaba el enorme cuerpo del tigre se lanzó a por él, y me pareció un ángel protegiéndome, viéndolo en el aire sobre mí, a punto de luchar contra aquello que pensaba quitarme la vida, con su melena azotando el viento, era majestuoso, y acababa de parar el tiempo para mí, para que pudiera grabarse en mi retina una imagen para toda la vida.

Capítulo 2

De repente estaba corriendo hacia la pequeña cría.

Hacía tan solo un momento que el león me acababa de salvar, posiblemente sin pretenderlo, seguramente sin haberse parado a notar mi existencia, consumido por la rabia y la venganza.

Antes de haberme lanzado a correr el claro había intentado ayudarle clavándole una última flecha al tigre, luego se habían unido ambos animales en una masa de gruñidos, garras y dientes buscando despedazar primero al otro, y yo no tenía tiempo para ver aquella guerra, tenía mi propia batalla que librar.

Me encontraba cada vez más cerca del pequeño león que yacía moribundo, y mis piernas ardían pidiéndome un descanso que no estaba dispuesta a ofrecerles. En mi cabeza sólo me repetía una única palabra, "aguanta". Pedía al león que aguantase a mi llegada, a mis piernas que aguantaran esta última carrera, a mi corazón que aguantase el sinfín de emociones que recorría mi cuerpo, a mis pulmones que aguantaran el fuerte viento que les llegaba y a mi cabeza que aguantara sin pensar en mi misma.

No sé en qué momento decidí todo aquello, no sabía las consecuencias, pero tampoco me importaba. Tal vez ni siquiera había decidido nada, tan solo mi cuerpo empezó a moverse antes de que mi propia mente reaccionara, tal vez sólo estaba sacando la poca humanidad que quedaba en el mundo a la luz, esperanzada de que la oscuridad no me atrapase de vuelta, esperando un destino diferente al que se tenía planeado para mi; y si así fuera, sólo esperaba que el egoísmo no me consumiera después.

Cuando me arrodillé delante de la cría, el pequeño león abrió levemente sus ojos soltando un débil gruñido. Sabía que estaba intentando amenazarme para que me fuera, como si pudiera salvarse a manos de una simple humana como yo. Estaba en horribles condiciones, y, para colmo, yo le estaba perturbando tan solo con mi presencia, porque, algo tenía claro, me tenía miedo, su pelaje y su cara gritaban el pánico de tener un humano enfrente, y saber aquello provocó un escalofrío por mi espalda.

En mi cabeza se arremolinaban miles de pensamientos mientras inspeccionaba desde la distancia su pequeño cuerpo, observaba cada herida desde mi lugar para incomodarle lo menos posible. Tenía heridas en sus patas traseras llenas de tierra y piedras como si fueran metralla, por suerte eran poco profundas, en cambio, tenía una herida que pintaba

horrible en el torso. Se notaba a leguas que había sido un zarpazo del tigre lo que se lo había provocado, y por ella estaba perdiendo muchísima sangre.

Me llevé las manos a la boca.

No había tiempo que perder.

Solté la mochila que aún llevaba a mi espalda a mi lado, y empecé a revisar con la mirada todas las plantas del entorno, pero no conseguía ver lo que quería, cuando, de pronto...

Una sombra seguida de un cuerpo peludo gigantesco se interpuso entre la cría de león y yo, y, por consiguiente, una cabeza con unos enormes colmillos apareció frente a mis ojos, a tan sólo unos centímetros. Sus ojos con el entrecejo fruncido, la fuerte respiración que evocaba de sus fosas nasales, la sangre que tenía salpicada por todo el rostro, todas las señales marcaban que yo era una amenaza con la que tenía que terminar.

Me caí de culo hacía atrás.

Mis ojos le miraban fijamente mientras mi respiración se agitaba por una razón muy diferente a la suya. Mis manos temblaban desastrosamente al compás de mi inútil corazón. Me moría de miedo, y todo porque ahora iba a morir.

FLASHBACK.

Me ví a mí, de pequeña, rodeada de leones. Supe que estaba en su territorio, con mis padres, cuando todo estaba bien. El sol brillaba con fuerza mientras yo me revolcaba en el suelo con un león al que quería muchísimo. Para mí era como un amigo peludo con el que pasar las tardes de visita, con él dormía en el refugio, me bañaba en el lago, jugaba hasta el anochecer y corría montada en su lomo para ver el atardecer, con el simplemente lo hacía todo. Por lo visto era el hijo del león de la manada que mantenía la paz con mi padre, gracias a ello lo veía más que al resto ya que me escoltaba desde la pequeña guarida del bosque hasta su territorio en la sabana, y en ese entonces éramos inseparables. George también le conocía, solo que él le odiaba profundamente y no sabía el motivo, pero se las pasaba peleando siempre que tenía oportunidad con él, además siempre estaba vigilándome para poder chivar todo lo que hiciera a mis padres. Era un completo engorro.

En un momento dado me ví llorando y corriendo hacia mi padre con mi amigo león detrás de mí. Me empecé a quejar entre borbotones, tenía toda la pinta de que estaba enfadada con él ya que me había perdido. Estaba diciéndole a mi padre que era su culpa por no seguirme a la cascada del bosque cuando la respuesta de mi padre me llegó con un gran choque de realidad.

“- Auddie, los leones no pueden hablar con nosotros, pero nos entienden, no esperes una respuesta en palabras, espérala en acciones. Si no le dices a donde quieres ir o qué quieres hacer es fácil que se confunda, pero recuerda que siempre podréis entenderos.”

FIN DEL FLASHBACK.

Moví la cabeza de un lado a otro, volviendo a la realidad, volviendo a ver a aquel enorme león dispuesto a atacarme en mis narices.

- ¡Espera! .- Grité mientras extendí las manos delante suya y las movía delante suya desenfrenadamente.- No quiero hacerle daño.

Pude ver como un reflejo de confusión cruzó sus ojos negros amenazantes, como un destello, pero suficiente para darme la valentía necesaria para seguir comunicándome.

- En el macuto tengo hierbas medicinales y agua limpia del río. Quería curarle.- Gruñó lentamente, pero esta vez noté que en su gruñido había un deje permisivo, como si estuviera aceptando mi ayuda, y esperé que así fuera, porque así me lo tomé.

Apoyándome en mis rodillas para intentar levantándome tiré de mi cuerpo, sin apenas fuerzas agarré la mochila bajo la atenta mirada del león, quien, a pesar de no atacarme, vigilaba mis movimientos meticulosamente esperando una traición por mi parte.

Alcancé la botella y las hojas que había guardado envueltas en un trozo de tela, se las enseñé para que confiase un poco en mí, lo suficiente al menos

para dejarme hacer. También abrí la botella y vertí un poco de agua sobre mi mano para que también la viera, tras esto resopló y dió un paso atrás, dándome paso entre la barrera que había creado anteriormente.

Me arrodillé nuevamente sobre el pequeño león, y fuí empapando con agua sus heridas para lavarlas lentamente y poniendo las hojas medicinales después sobre ellas.

- Estas hojas son de plantas que crecen cerca del agua, sus raíces deben estar en contacto casi que continuo con ella para poder sobrevivir.- Le expliqué al león esperando que mis palabras le llegasen mientras hacía mi labor.- Gracias a ello y a sus propias propiedades reducen la inflamación y curan poco a poco, aunque posiblemente necesite más que unas cuantas hojas para recuperarse.- Le miré fijamente a los ojos mientras intentaba mantener la calma a pesar de que me cuadruplicase en tamaño.- No le pido que confíe en mí, pero me gustaría hacerle una sutura.

Me aguantó la mirada sin reacción ninguna y no sabía si era porque no me había entendido directamente, al fin y al cabo, estaba loca si pensaba que un animal entendería el habla de los humanos.

Resoplar, tenía que volver a intentarlo.

- Me entiendes ¿verdad? .- Pregunté sin mucho éxito esperando una respuesta que no llegaba, puesto que solo me estaba atravesando con la mirada.- Necesito que me lleves a un refug... digo, ejem, una antigua cabaña.- Le terminé pidiendo.

Soltó un gruñido, luego empezó a dar vueltas sobre sí mismo, mientras me dejaba perpleja por su rara actitud, no consideraba que eso fuera algo normal en los animales, mucho menos en los misteriosos leones que encabezaban la cadena alimenticia.

Carraspeé la garganta para llamar su atención, e inmediatamente se giró para mirarme.

- Lo siento pero debes tomar una decisión ya, vuestro territorio está muy lejos y se agota el tiempo.- No sé si lo que le hizo a tomar la decisión de

lo próximo que haría fue mi valentía al decirle aquello siendo yo una simple humana o si era por mis conocimientos de donde se encontraba la sabana, pero tras decir eso algo pareció despertar su mirada, me miró curiosamente, y agarró con cuidado a la pequeña leona (había visto antes que era una hembra) con la boca, luego se colocó a mi lado agachando levemente sus patas delanteras para dejarme subir a sus espaldas.

Con cautela me acerqué a su hermoso pelaje, que brillaba como el oro ante los rayos del sol, pasé una mano por su frondosa cabellera para buscar un apoyo donde sujetarme, puse el pie derecho sobre su pata flexionada y me alcé con fuerza para subirme. Sabía que jamás podría hacerle daño y esa seguridad sumado a la experiencia que recordaba a duras penas de mi niñez me hizo subirme en un santiamén a su lomo.

El león giró su cabeza, volvía a mirarme curiosamente, y, como tenía la boca ocupada en sujetar a la pequeña cría resopló a través de la nariz, y movió el pelaje tras menear la cabeza, haciéndome saber que le agarrase para sujetarme, dispuesto a ponerse en marcha a mis indicaciones.

O eso pensaba.

Porque, tras tres indicaciones fallidas por mi parte que el león había ignorado completamente me di por vencida de seguir intentando explicarle cómo llegar, para descubrir con la boca abierta que él había tomado otro camino, pero que sabía perfectamente cuál era el destino, porque me había llevado sin dificultades hasta la pequeña cabaña donde tantos días había pasado.

Me bajé de su lomo de un salto, y, sin pararme a ver su reacción ante ello, que estaba descubriendo que me encantaba verlas, me permití hacer una pausa para contemplar la ruinoso y desvencijada casa que se mostraba ante nosotros.

Desde pequeña no había vuelto a aquel lugar, esperando que me atormentasen los recuerdos de mi última noche con mis padres, pero, en cambio, sentí un gran alivio al verla, como si una losa que no sabía que cargara acababa de caerse de mi espalda, dándome una especie de tranquilidad abrumante. Mis pulmones recogían más oxígeno que antes, y las enredaderas que cruzaban las paredes y se metían por las ventanas me hacían pensar que esa casa albergaba más vida que a la que estos años había intentado llamar hogar.

Era como saber que mis padres no iban a volver, pero a la misma vez notar como un pedacito de su recuerdo y vida permanecían en aquel

lugar, intactos ante el paso del tiempo.

Noté un pequeño empujón en mi espalda y, dándome cuenta de que no había tiempo que perder me dí la vuelta encontrándome con la cabeza del león apoyada en mi espalda, dió un paso atrás, recuperando la compostura.

- ¿Puedo? .- Hice un ademán para que viera que quería coger en mis brazos a la pequeña leoncita que estaba con los ojos completamente cerrados.

Para mi sorpresa, puso a la leona en mis brazos y soltó su agarre.

Entré con ella por la vieja puerta que ahora estaba descolgada de la parte de arriba y apenas se movía ante mi empuje. Fui corriendo hacia la mesa del salón para dejarla con cuidado encima. Sin pausa me fijé rápidamente en la estancia esperando acordarme de donde estaba el kit de costura que mi madre usó cuando George se cortó tras obligar a mi amigo peludo a una batalla de trepar árboles y caerse a la primera de canto.

Todo estaba en su sitio, salvo por la nueva capa de polvo que ahora recorría toda la estancia. Se notaba que hacía mucho que estaba abandonado, pero no tenía tiempo para darle cabida al sentimentalismo y a la nostalgia. Corrí escaleras arriba hacía el segundo baño, la peste inundó mis fosas nasales tras ver un cuerpo de algún animal en descomposición allí arriba, y tuve que saltarlo para así esquivarlo y acceder al baño destartalado. Tenía el espejo roto y las ramas se habían adueñado de aquel lugar. Abrí con cuidado la puerta del lavabo y pude ver el viejo kit lleno de barro. Crucé los dedos para ver que en el interior todo estuviera intacto, y así fue.

Corrí volviendo tras mis pasos y empecé a sacar lo necesario para empezar a coser la herida. No era una experta ni mucho menos, pero más de una vez me había tenido que coser heridas que me hacía durante mis entrenamientos en el bosque y quería creer que sabía lo que hacía.

- No sé si me estás escuchando o si me entiendes.- Dije mientras cosía, esperando que el león que me miraba tras la puerta por la que no podía caber hiciera ambas cosas.- Tengo la esperanza de que hagas ambas cosas.- Solté una risa sin nada de humor.- Sinceramente, esto que he

hecho hoy es un acto egoísta, con que no te veas en el deber de agradecerme nada.- Aquellas palabras salían de mi boca tranquilamente mientras mi atención estaba fijamente en la herida que tenía ante mis ojos y no en la mirada penetrante que sentía en mi espalda.- Sólo soy una tonta humana que desea más cosas de las que puede en el mundo en el que vivimos.- Suspiré pesadamente.- ¿Sabes? En el día de hoy por fin he sentido que tomaba las riendas de mi vida, por fin he sentido que me liberaba de mi casa y de las vallas que la rodean. Soy una idiota ¿verdad? Es irónico que piense que las vallas que me aseguran la supervivencia sean las mismas que siento que me encierran a la vida. Supongo que este mundo es de locos, o tal vez la loca sea yo.

Escuché un leve gruñido a mis espaldas en modo de respuesta, y me contenté con ello, sonriendo para mis adentros.

Cuando conseguí tratar a la pequeña leona la envolví en una toalla que había cogido anteriormente y la apreté con mi cuerpo abrazándola, ocupaba todo mi torso superior aun siendo sólo una cría y, a pesar del momento, me sorprendí al sentirme feliz por haber podido servir de ayuda finalmente.

- Ya he terminado de curarla.- Dije saliendo por la puerta y acomodándola en la poca hierba que había en el suelo.- Aún no despierta, pero lo hará, está fuera de riesgo, puedes estar tranquilo.- No creía que realmente mis palabras pudieran calmarle aunque estuviera segura de mi tratamiento, pero el león se alzó y bajó su cabeza en señal de agradecimiento.

- Oh no, no es necesario.- En ese momento me fijé a mi alrededor con tal de no mirar directamente a esos ojos oscuros que me penetraban fijamente, y en cambio, me fijé en cómo la noche caía con su manto oscuro en el cielo, dejando ver las primeras estrellas con él.- Sé que va a sonar muy egoísta por mi parte después de todo.- Dije ahora preocupada.- Sé que debes estar desesperado por llevarla junto con el resto de la manada para su recuperación pero, ¿podrías quedaros esta noche y salir al amanecer?.- Me temblaba la voz cuando formulé la pregunta.- Me da miedo pasar la noche en el bosque, y para mí es un peligro volver desde aquí a mi casa.- Intenté excusarme torpemente, sabía que no me haría caso pero la voz denotaba la intranquilidad que estaba sintiendo en esos momentos lo suficiente para que el león se percatara, ya que, tras esto volvió a tumbarse en el mismo lugar donde

anteriormente había estado esperando.- ¿Eso es un sí?.- Pregunté con los ojos brillosos y el corazón en un puño.

Él resopló en contestación.

- Es difícil entenderte pero... ¿podríamos decir que un resoplido es un "sí" y un gruñido es un "no"? - Titubee.

Otro resoplido.

- Gracias. ¿Sabes? No sé si te gusta que te hable pero, me gustaría decirte que, a pesar de tu tamaño, tus colmillos y tus garras, me siento extrañamente cómoda.

Movió la cabeza de un lado a otro y dirigió su mirada al bosque, notablemente aburrido con mis palabras.

Me decanté por pensar que prefería el silencio, así que, agradecida por todo, dejé que el silencio nos inundara mientras movía nerviosamente las manos y me acariciaba el pelo sin saber muy bien qué hacer.

Con el paso de los minutos me estaba quedando sin energías y opté por tumbarme en el frío suelo al lado de ellos.

- ¿Puedo decir una última cosa antes de dormir?.- Pedí permiso para no molestarle, pero un pensamiento no paraba de rondarme la cabeza desde hacía un rato e iba a estallar por dentro si no tenía la oportunidad de decirlo en voz alta. Escuché un resoplido a mis espaldas por lo que me armé de valor.- Me encanta el pelaje de la leona, no recuerdo haberlo visto nunca y mi madre me dijo que no era lo usual porque era un fallo genético, pero me gusta más la versión de mi padre, él decía que encontrarse con uno era símbolo de futura felicidad y que, por eso escaseaban en este mundo.- Su pelaje era simplemente precioso, completamente blanca, brillando a la luz de la luna, era lo más bonito que

había visto nunca en mi vida.

Tras decir esto, caí en un profundo sueño. Esa noche soñé con mi infancia, mis padres y los leones, los dos mundos que tanto añoraba. Yo y mi amigo león, ojalá pudiera volver a verlo y que todo fuese como antes...

Al día siguiente me desperté con voces humanas de sueños lejanos, completamente desorientada vi a mi alrededor para situarme y los recuerdos del día anterior se agolparon en mi mente. Suspiré con pesar al darme cuenta que ambos leones se habían ido al amanecer. Era lo que habíamos acordado pero no pude evitar sentir una punzada dolorosa en el corazón. Era una tonta si había creído que me esperaba para despedirse de mí. Me levanté dolorida por haber dormido tantas horas en el suelo duro y me estiré un poco para aliviar la tensión de mis músculos. Justo cuando me dí media vuelta para recoger mi macuto e iniciar mi caminata de regreso a casa pude verles detrás de mí. A unos metros en los árboles más cercanos estaba el león con una pequeña leona con los ojos bien abiertos en su lomo, y estoy segura de que mis ojos lucían igual que los suyos al verlos.

- ¡Ah! Estáis aquí.- Exclamé emocionada por la sorpresa de verles.- Pensé que ya os habíais marchado, ¿cómo está la pequeña?.- Pregunté, no sabía si acercarme a ellos o mantener las distancias ahora que la cría estaba por fin despierta, al final del día yo también era una enemiga, alguien de otra especie, y sobre todo, una desconocida.

La leona resopló y agachó su cabeza en lo entendí una señal de agradecimiento como la que recibí la noche pasada de su acompañante.

- Me alegro.- Contesté conmovida. No esperaba encontrarlos nuevamente, y menos aún que la pequeña se hubiera despertado tan pronto y me hubiera dado las gracias. Sentía que volaba en esos momentos de emoción.

- Mmmm, bueno, imagino que esto es una despedida, muchas gracias por todo.- Trastee con los dedos para decir las palabras que no quería

pronunciar, pero que era la hora de decirlas.

Me di media vuelta para que no me vieran soltar una lágrima salvaje que no había podido guardar y me adelanté a recoger mi mochila y mi arco dentro del refugio. Ahí dentro me dí un poco de tregua para tranquilizarme y limpiarme la cara de algunas lágrimas que habían conseguido acompañar a la primera sin hacerme caso. Suspiré, dispuesta , esta vez sí, a volver a mi cruda realidad.

Cuando me puse a andar evitando emitir palabras para no desmoronarme delante de los leones ellos empezaron a seguir mis pasos tranquilamente como si nada.

Y yo si que no entendía nada.

- ¿No os vais por allí?.- Señalé el camino que tan bien me conocía. El camino que tanto había realizado de pequeña para ir a su manada en la sabana.

El león gruñó por lo bajo, dándome a entender que seguíamos comunicándonos como anoche.

- Mmmm, ¿me vais a acompañar?.- Pregunté intentando no sonar muy presuntuosa por pensar en esa opción.

En cambio, él resopló.

Durante ese camino hablé con ellos sobre el bosque, sobre la paz que sentía al estar en él, y también de mi infancia, aunque sin mencionar que yo misma había conocido a los leones cuando la tregua de paz.

Cuando estábamos apunto de salir del bosque noté como el gran león gruñía y tensaba todo su cuerpo. La leona también reaccionó erizando todo el pelaje, y cuando me asomé pude ver el motivo que les había

causado ese cambio. George estaba delante del vallado de mi terreno con la furgoneta, paseaba nervioso de un lado a otro y se notaba desde lejos lo cabreado que se encontraba.

- Vaya..., tengo visita. Lo siento mucho.- Dije mirándolos a los ojos, me hubiera gustado aguantar más este momento y en ese momento hasta yo estaba cabreada por ver a George allí.- Supongo que es mejor que no os crucéis. Espero que tengáis un buen viaje, lo siento por las molestias que os he causado, y muchas gracias por todo.- Junté mis manos como señal de disculpa y así fue como, tras volver a bajar la cabeza, desaparecieron nuevamente en la espesura del bosque.

Me adelanté hacia mi casa pisando más fuerte de lo que debería, no quería su visita y menos después de lo que había pasado el día anterior, lo cual volvía a aparecer de mi mente después de haberme olvidado completamente de él.

Dispuesta a enfrentarme a George por su inesperada presencia él se me adelantó, visiblemente más cabreado que yo.

- ¿Qué hacías con ellos?.- Me gritó.

- ¿De qué hablas?.

- No te hagas la tonta, te acabo de ver con esas bestias.- Gruñó.